





2010

● Javier Barros Sierra (*postmortem*)

Nació en 1915. Eminente Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México en el periodo 1966-1970.

En el Centenario de la Universidad Nacional Autónoma de México, la figura, el carácter, la formación y los méritos del Ingeniero Barros Sierra recuerdan y honran los atributos y valores de la magna institución y sus logros son ampliamente reconocidos en la sociedad contemporánea.

El Ingeniero Javier Barros Sierra fue un hombre de su época, moderno, visionario y comprometido con las causas de la sociedad, de la Universidad y profundo defensor de la autonomía universitaria.

Egresado de las aulas de la Facultad de Ciencias, se destacó en su etapa estudiantil en la Escuela Nacional Preparatoria; fue primer Presidente de la Sociedad de Alumnos de la Facultad y consejero universitario alumno en 1938. Posteriormente fue consejero universitario; profesor en diversas ocasiones; investigador del Instituto de Matemáticas y catedrático en distintos niveles y facultades, desde la preparatoria hasta el postgrado.

Sus actividades académicas lo llevaron sucesivamente a dirigir la Facultad de Ingeniería, a presidir la Conferencia Nacional de Facultades y Escuelas de Ingeniería y a coordinar el Seminario en la División de Estudios Superiores de la propia Facultad de Ingeniería.

Conforme a su capacidad y vocación por el servicio público, el Ingeniero Barros Sierra fue Secretario de Obras Públicas en el Gobierno del Presidente Adolfo López Mateos y Director del Instituto Mexicano del Petróleo en 1966.

En momentos decisivos para la Universidad y para la apertura de nuestra sociedad a la pluralidad y la democracia, el Ingeniero Javier Barros Sierra fue electo por la Junta de gobierno a la máxima distinción universitaria, la Rectoría General de la UNAM.

Con vehemencia, con distinción y gran dignidad y espíritu universitario, el Maestro, Ingeniero y Rector Javier Barros Sierra defendió la autonomía universitaria, propiciando el diálogo y la conciliación en un tiempo en que la pluralidad y las distintas expresiones de la sociedad y de los jóvenes encontraban pocos espacios de realización.

El Ingeniero Javier Barros Sierra supo reconocer el anhelo universitario por la ampliación de los espacios de expresión y de manifestación de las ideas, y con esta convicción, con gran dignidad, antepuso la autonomía y los valores de los universitarios. Al encabezar a los universitarios, con las autoridades, estudiantes y padres de familia que le acompañaron, dio la máxima demostración del espíritu de la UNAM como conciencia crítica y apertura al pensamiento y las ideas en la sociedad. Se situó entre los extremos y con muchos otros universitarios, caminó sosteniendo los principios universales y humanistas que le caracterizan.

En el ámbito de la docencia, la difusión de la cultura y el desempeño profesional, el Ingeniero Javier Barros Sierra fue coautor del libro *Introducción al Cálculo Diferencial e Integral*; publicó numerosos artículos científicos y técnicos en las revistas universitarias de ingeniería y de matemáticas. Fue miembro de la Sociedad Matemática Mexicana, siendo Secretario General de la misma de 1943 a 1945; del Colegio de Ingenieros Civiles de México, de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos, y de la Sociedad de Ex alumnos de la Facultad de Ingeniería hasta su fallecimiento, acaecido el 15 de agosto de 1971.

Su vida, sus enseñanzas y su desempeño constituyen un legado de orgullo, identidad y presencia de la Universidad Nacional Autónoma de México en la vida del México moderno. Su recuerdo ha inspirado la creación de la Fundación Javier Barros Sierra, como un reconocimiento permanente a su labor creadora, visionaria e inspiradora para un gran cúmulo de mexicanos.

DISCURSO DEL C. ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

Distinguidas personalidades que integran el Presidium de esta Sesión Solemne del Senado de la República, y que representan a los Poderes de la Unión.

Señor Licenciado Felipe Calderón Hinojosa; señor Licenciado Guillermo Ortiz Mayagoitia, señor Licenciado Manlio Fabio Beltrones, señor Licenciado Jorge Carlos Ramírez Marín, Don Luis H. Álvarez, señora maestra Doña Cristina Barros Valero, ciudadanas senadoras, ciudadanos senadores, distinguidos invitados especiales, señoras y señores:

Hace 35 años, el 9 de octubre de 1975 como miembro de la Comisión que propone al pleno al o a los candidatos a la Medalla Belisario Domínguez, participé en la ceremonia en la que se reconoció a Don Ignacio Chávez con dicha presea, hablé entonces a nombre de la Comisión que presidía Don Martín Luis Guzmán, en aquel acto en el que la República reivindicó al ilustre científico, por los hechos que provocaron su renuncia a la rectoría de nuestra universidad y que me dieron entonces una visión de México que me marcó para siempre y que para decirlo en términos académicos, me hizo tomar cierta distancia del idealismo juvenil rusioniano y empezar a comprender en los hechos el realismo de Maquiavelo y de Thomas Hobbs, también palpé en la realidad las diferencias entre autonomía y soberanía.

Regreso ahora a esta tribuna en ocasión del recuerdo del sacrificio del ilustre Médico chiapaneco, para agradecer a ustedes, a nombre de la familia del ilustre Médico chiapa-

neco para agradecer a ustedes, a nombre de la familia Barros Valero, el merecido otorgamiento post mortem de la Medalla Belisario Domínguez, a Don Javier Barros Sierra, el Rector del 68 honrar, "honra."

Como universitario mucho me complace que en este centenario de la Universidad Nacional Autónoma de México, que inaugurara Don Justo Sierra, abuelo de Don Javier Barros Sierra, se recuerde y celebre a quien fuera Rector magnífico de nuestra Alma Máter. Añado que tanto en el caso del doctor Chávez, como en el del Ingeniero Barros Sierra, yo prestaba mis servicios en la Universidad como Director de Ciencias Políticas, que en tiempos del Rector Chávez fue escuela y en la época del Rector Barros Sierra se convirtió en Facultad.

Era Don Javier Barros Sierra un hombre esencialmente elegante, en su manera de ser sobria, en su conducta siempre prudente, en su certera expresión; una inteligencia aguda que manejaba un lenguaje conciso y preciso; no exento de un fino y juguetón sentido del humor.

Dice Gastón García Cantú, con razón, que Don Javier tenía el don de los conversadores, saber callar para que el silencio sirviera de puente entre uno y otro parlamento, nada de farrago, ni de excesos verbales, mesura, equilibrio, con Javier Barros Sierra podemos decir sin la menor duda que la estética era una ética.

Cristina Barros Valero, su hija, en un bello texto del año de 1998 lo describe como alguien que no podía evitar la tentación de jugar con las palabras, practicando lo que llamaba esgrima verbal, al amigo leal, al joven que desde muy pronto compartió el tiempo consagrado al estudio, con el tiempo dedicado a participar en las luchas estudiantiles; al servidor público, entregado y honesto que fue y es nuestro ejemplo, a quien amaba a su país, y a la Universidad con una pasión intensa y razonada; al hombre de mirada profunda, matizada por el tenue velo de la nostalgia que deja la muerte prematura de los familiares cercanos. Al abuelo amoroso a quien fue siempre fiel, y no permitió nunca que le sedujera el poder.

La matemática, la lógica y la música fueron los sustentos de su formación era, por tanto, un hombre educado que creía, naturalmente, en las virtudes de la educación como el camino que nos lleva al encuentro del propio ser, de la vocación, del pensamiento.

Sabía que un hombre que sabe pensar, sabe pesar, ponderar, justipreciar cada circunstancia para extraer de ella la esencia que se vuelve experiencia, conocimiento decantado, sabiduría, ese saber que sirve, entre otras cosas, para tomar decisiones con seguridad, sin perder paso en la andadura.

La educación que enseña a pensar es la que forma no sólo profesionales diestros y dignos en cada una de las ramas del conocimiento, sino algo de fundamental importancia, la que crea hombres plenos, quiero decir, ciudadanos; la culminación de este saber pensar e íntimamente ligado a él, reside en la cultura, a la que Octavio Paz definió certeramente, recordando sus orígenes agrarios, como el cultivo de la parcela propia. Y por supuesto, Don Javier Barros Sierra fue un hombre muy culto.

Ahora bien, con las reformas que emprendió el Rector durante su gestión, trató de interrelacionar las escuelas, facultades e institutos de la Universidad; de vincular a la filosofía con la ciencia, a pesar de que sabemos que ciencia y filosofía, teniendo metas comunes son saberes distintos, aunque ambas converjan sobre la misma realidad.

De acuerdo con la filosofía aristotélica, el hombre es un ser que por su capacidad política puede comunicarse con los demás, convivir con los otros, y esto es así porque el hombre tiene “logos”, inteligencia, pensamiento, lo que nos hace entender y enunciar el ser de las cosas, y a través del “nomos”, de la ley se estatuye, perfecciona la convivencia natural, por tanto es a través de la ley como el animal humano se vuelve animal político.

Como el Rector trató también de que la Universidad forjase profesionales que fuesen a un tiempo ciudadanos de un país que tanto necesita de unos y otros. Por supuesto era consciente de que el papel de la Universidad había de culminar una tarea que se realiza previamente en los ciclos escolares anteriores, pero él trató de cumplir con la obligación que a él le correspondía.

Don Javier Barros Sierra sabía que el hombre pleno es aquel que contribuye a la construcción permanente de la “polis”, pero para ello ha de saber construir su propia “polis”, su “polis”, interna, la “polis” externa conduce a la íntima y a la inversa; la subjetiva nos conduce a la de los otros, la de los demás, nuestros semejantes.

Como decía Don Justo Sierra, sintéticamente, hacer pasar nuestra democracia de la región de lo ideal a la realidad política, cosa nada fácil; pues sin ciudadanos no hay democracia. Por ello Javier Barros Sierra consideraba que el sustento de la Universidad, como de toda institución democrática, eran el diálogo, el mutuo entendimiento por sobre las diferencias secundarias, la autocrítica para depurar los errores, ajuste de cuentas de los propios actos, la reforma académica y administrativa, paso previo al cambio educativo, el cumplimiento de la ley siempre postergada educativo, el cumplimiento de la ley siempre postergado.

Un hombre como Javier Barros Sierra, por su formación y por la experiencia universitaria acumulada, podía haber llevado a cabo totalmente la reforma integral que la Universidad requería en aquella época, dados los problemas confrontados, pues esa experiencia incluía lo mismo, puestos de representación estudiantil como cargos docentes.

Don Javier fue Presidente de la primera Sociedad de Alumnos en la Escuela de Ingeniería, plantel del que fue también consejero universitario. Antes de terminar su carrera de Ingeniero comenzó a impartir geometría y trigonometría en la Escuela Nacional Preparatoria.

En 1940 terminó sus estudios de Ingeniero y se recibió en 1943, pero no abandonó la Universidad, pues permaneció en la Facultad de Ciencias como investigador del Instituto de Matemáticas donde impartió clases de cálculo diferencial e integral y en ingeniería donde enseñaba matemáticas.

En 1943 se creó la Sociedad Matemática Mexicana, de la que fue Subsecretario. En 1947 obtuvo el grado de maestro en Ciencias Matemáticas en la Facultad de Ciencias, y ese mismo año se funda Ingenieros Civiles Asociados, ICA, organización en la que fue uno de sus 18 fundadores.

Alrededor de los años 50 participa en la construcción de las escuelas de Veterinaria y Odontología, los laboratorios de Ciencias Químicas, el Estadio Olímpico, así como la Torre de Ciencias y la de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria.

Esta vasta experiencia espiritual y material sirvió para hacer la defensa de la autonomía y para enfrentar al monopolio de la fuerza de la violencia física con el escudo cristalino de su autoridad moral. Y a fe mía, que empeñando su vida, resultó triunfador.

Esta medalla que hoy recibe en su memoria lo prueba. De todos modos no fue poco lo que se obtuvo durante su gestión, enumero algunos de sus logros: Se cambiaron los procedimientos administrativos, se inició el ejercicio presupuestal por programas, se analizaron y reformularon planes de estudio, se convino con los estudiantes en el pase automático de las preparatorias universitarias a las carreras profesionales cumpliendo con un promedio mínimo de 7.5, se unificó el estatus de los investigadores y profesores en uno solo para académicos, favoreciendo el contacto de los estudiantes con las tareas investigativas, y se estableció un sistema de calificación por créditos que permitía a los alumnos asistir a clases complementarias con valor curricular en las facultades distintas a la propia, con el fin de facilitar una formación integral del estudiantado.

No puedo dejar de referirme, antes de finalizar esta intervención, a las palabras pronunciadas por el Rector con la Bandera a media asta en la plaza que hoy lleva su nombre. Cuando el Ejército entró a las instalaciones universitarias y ante la multitud de detenciones de profesores y estudiantes convirtiendo el conflicto estudiantil en un movimiento en defensa de la autonomía universitaria.

Dijo Barros Sierra, y con ello actuó en defensa de la institución de la Ley Orgánica, del estatuto y de los agredidos:

“Hoy es un día de luto para la Universidad; la Autonomía está amenazada gravemente. Quiero expresar que la institución, a través de sus autoridades, maestros y estudiantes, manifiesta profunda pena por lo ocurrido.”

La Autonomía no es una idea abstracta, dijo Don Javier, es un ejercicio responsable que debe ser respetable y respetado por todos. Permanecer unidos para defender dentro y fuera de nuestra casa las libertades de pensamiento, de reunión, de expresión y la más cara: ¡Nuestra autonomía!

Fue una confluencia natural, dice Gastón García Cantú, que no representó contradicción entre su deber de rector y sus deberes de ciudadano.

Esta idea de la autonomía es la que ha sustentado a la Universidad junto con la representatividad nacional, lo mismo en los trances difíciles, como en sus mejores momentos, y la han hecho una de las instituciones más fiables de México. Y en materia educativa la Universidad ha mantenido con altibajos la continuidad que la Secretaría del Ramo hubiera debido tener desde nuestra Independencia.

Si hubiésemos tenido esa continuidad como país otro gallo nos cantara, pero como dicen en nuestro pueblo: “Nunca es tarde para empezar.”

Ojalá que los nombres de Justo Sierra, José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet y Barros Sierra estén presentes en el Congreso, esto lo redacté antes, a la hora de discutir el presupuesto dedicado a la educación nacional, pues como ha dicho el Rector Doctor José Narro Robles, si en esta década no duplicamos la cobertura de la educación superior estaremos fallando, hay que recordar siempre que educar es enseñar a pensar y que debemos de formar profesionales dignos y ciudadanos.

Para ser un país sólido necesitamos ser un país de ciudadanos, como lo quiso siempre Javier Barros Sierra.

Muchas gracias nuevamente al Honorable Senado de la República por esta merecida Medalla Belisario Domínguez a la memoria del rector Barros Sierra, y a ustedes también muchas gracias por su atención.